

VALLÉS OCCIDENTAL



CAMINO DE LOS MONJES

Una de tantas realidades en las que leyenda y datos históricos ora se superponen ora se contradicen sin que cambie un ápice lo que realmente importa a efectos del observador actual. Es el caso de estos poco más de veinticinco sorprendentes kilómetros que hablan de entornos románicos, góticos y modernistas, de ambiente urbano y rural, de parques naturales... Y todo a un mismo tiempo.

Monasterio de Sant Llorenç del Munt y parte del Camí dels Monjos en el entrono del Parque Natural (fotos cedidas por la Diputación de Barcelona).



Texto y fotos: J. ORTIZ

POR no perder el plano de los contrastes, también cabe añadir a los citados en la entrada que el Camí dels Monjos se mueve entre un Sant Cugat del Vallès a 100 metros sobre el nivel del mar y un Sant Llorenç del Munt, el monasterio, sobre la cima de la Muela a más de mil metros. Si el recorrido se hace ascendente, lleva de Sant Cugat a Sant Quirze, Terrassa y Matadepera, por este orden, para rematar en el monasterio “plantado” en una de las cimas más características del Parque Natural de Sant Llorenç del Munt i l'Obac.

La leyenda, que siempre está bien empezar por lo más lírico, cuenta que los monjes de Sant Llorenç estaban hasta más arriba de la tonsura de pasar penurias en su, por otro lado, bellísimo emplazamiento en lo alto de la Muela. Teniendo en cuenta que hay noticias de asentamientos monásticos en la cumbre desde mediados del siglo X, es fácil imaginar que la premisa del relato es absolutamente asumible. Recuérdese que los monjes vivían de lo que cultivaban, poca cosa en lo alto de una montaña, y de la limosna, más poca cosa en ese tiempo y en su entorno abarcable.

Así que se fueron los santos varones a ver al

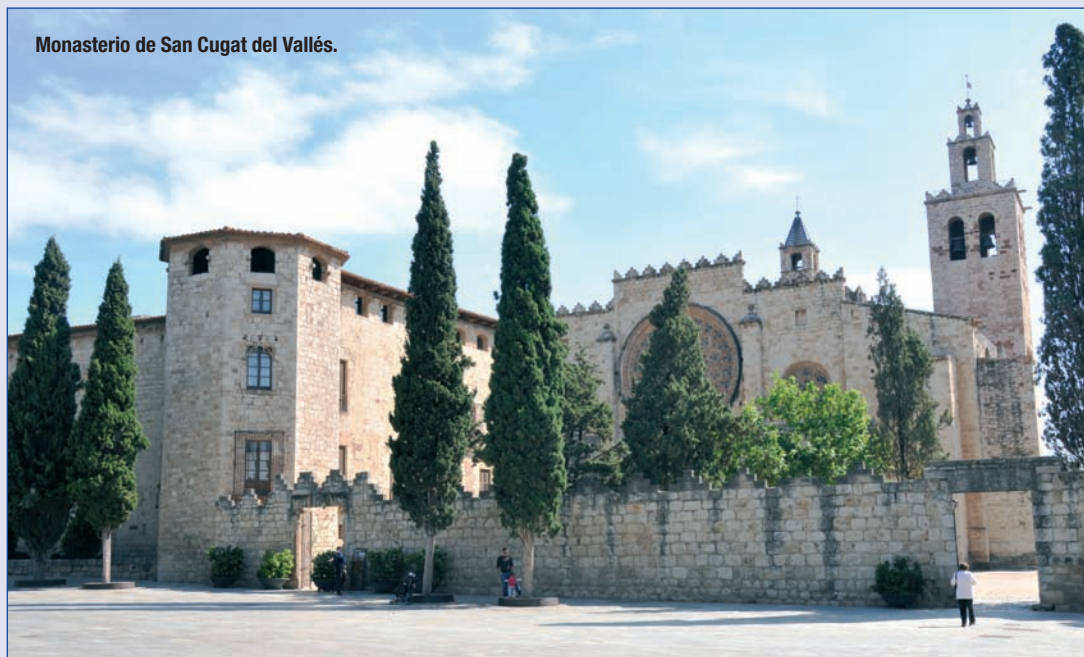
obispo de Barcelona y le pidieron autorización para instalarse en un lugar mejor. Piénsese que la ubicación cronológica del relato es en pleno Medioevo, con una iglesia europea feudal y tan propietaria de terrenos y vidas como lo podía ser cualquier conde o marqués (y tan bélica, dicho sea de paso; pero ese es otro “cantar”). El obispo dice a los monjes de Sant Llorenç que vale, que se buscasen otro sitio que les viniese mejor, pero que para encontrar este tenían que “caminar recto y sin atravesar ningún río, torrente o cárcava (quizás ‘hoz’, porque la palabra catalana es *xaragall*)”. Y así llegaron, Matadepera, Terrassa y Sant Quirze mediante, a Sant Cugat: veinticinco kilómetros y trescientos metros de caminata casi

en línea recta y sin “osar” acercarse a las corrientes de agua.

La historia sitúa, como queda dicho, una comunidad monástica en la Muela en torno al 950, quizás benedictinos. El templo románico de Sant Llorenç es de la primera mitad del siglo XI y los seguidores del *ora et labora* están en ese monasterio, al menos documentalmente, desde los años sesenta de ese siglo. Pero también el de Sant Cugat, supuesta meta de los inconformistas seguidores de Benito de Nursia, es del siglo XI. Y de hecho parece que ya hubo ahí comunidades en 878. Se sabe además que el conde Borell II –el mismo que dijo a los reyes franceses que hasta aquí hemos llegado y que les iba a ren-

dir juramento su tía la paraguera, mismamente–, vendió San Llorenç al monasterio de Sant Cugat, o lo permutó, en el año 975 y que a partir de ahí este último siguió la regla benedictina. Es decir: el seguimiento a los preceptos dictados por el santo italiano se trasvasaron del monte a la llanura aparentemente, en el sentido que indica la leyenda. Se conoce también la existencia desde aquellos tiempos de una fluida relación entre ambos monasterios, principio y fin del Camí. Por encajar la secuencia en la línea del tiempo, cabe añadir que poco les duró la alegría de la unión inicial documentada, porque, diez años más tarde, Almanzor se dedicó a perseguir infieles en Sant Cugat y se cebó con los tonsurados. ¿Ayu-

Monasterio de San Cugat del Vallés.



Leyenda e historia se superponen en el Camí dels Monjos y tienen tantas coincidencias como contradicciones

Será inevitable que el viajero se acerque a Terrassa con la mentalidad de encontrar un ambiente industrial

Edificio construido en 1908 para la Sociedad General de Electricidad. Hoy, incorporado al paisaje urbano, alberga un restaurante.



dó esto a que mantuvieran los dos monasterios “por si acaso”? Seguramente. Y lo que importa es que la cosa siguió adelante.

Si se acepta, en fin, que la historia sólo cuenta lo que puede documentar y que a veces la propia transmisión oral de relatos es la pista que tienen los historiadores para buscar realidades, se puede entender que la solicitud de autorización al obispo era más bien un formalismo de obediencia a la autoridad y que pudieron ser los benedictinos originales de la montaña del hoy Parque Natural los que decidieron buscarse sitios mejores, pero sin abandonar del todo lo que ya tenían; así leyenda e historia encajan. No hay más que entender que se hicieron ambos monasterios con una pequeña diferencia de tiempo y que lo de ir de uno a otro *rectement i*



Ayuntamiento modernista neogótico de Terrassa.

sense travessar cap riu, torrent o xaragall, era pura conveniencia práctica del caminante. La conclusión es que el Camí existió como tal y, afortunadamente, existe aún.

Sant Cugat, si se hace el camino de leyenda al revés, es una población tranquila, casi continuidad del área urbana de Barcelona tras la acertada construcción de los

Túneles de Vallvidrera, evitando así la Sierra de Colserolla que los benedictinos tuvieron que atravesar o rodear para visitar en su momento al obispo. Si la atravesaron, debieron pasar por lo que hoy es un magnífico parque periurbano y si la rodearon, siguieron cualquiera de los valles del Besós o del Llobregat, que la circundan. El Monasterio, joya de la población del Vallés y sede del Museo de Sant Cugat, es un recinto amurallado con dos puntos básicos de atención: la iglesia y su fachada entre románica y gótica (el rosetón es fantástico) y el claustro románico con sus capiteles esculpidos cada uno con motivos diferentes.

En Sant Quirze está la ermita de Sant Feliuet de Vilamilans, prerrománica, que alberga un ara paleocristiana. Cabe suponer que era un alto en el *camí* entre monasterios. Y para el que se anime, todo un espectáculo si asciende hasta el mirador que hay en el Pujol Blanc, con una panorámica impresionante del Vallès y las montañas que lo circundan, incluyendo Montserrat y el Montseny.

Terrassa es uno de esos lugares a los que hay que dedicar tiempo e intención. Será inevitable que el viajero se acerque a la población con la mentalidad de encontrar un ambiente industrial y, por tanto, alejado de monu-

INFORMACIÓN
EL CAMÍ DELS MONJOS
Sant Cugat del Vallès

Pl. Octavia, s/n
08172 - Sant Cugat
Tel.: 936 759 952
turisme@santcugat.cat
www.turisme.santcugat.cat/

Parc Natural de Sant Llorenç
del Munt y l'Obac

Ctra. de Terrassa a Navarres, Km 14,8
08278 - Mura
Tel.: 938 318 350
p.santlorenco@diba.cat

ALOJAMIENTO

Hotel La Mola ****

Camí dels Plans de Can
Bonvilar s/n
08227 - Terrassa
Tel.: 937 367 267
info@lamola.es
www.lamola.es/

RESTAURANTES

'Cuina dels Monjos'

Restaurant La Mola

Monasterio de Sant Llorenç
08211 - Castellar del Vallès
Tel.: 93 743 54 54
info@lamola.com
www.lamola.com

La Muntanyeta

Parc de Vallparadís, 5
08227 - TERRASSA
Tel.: 93 783 84 54
www.lamuntanyeta.com

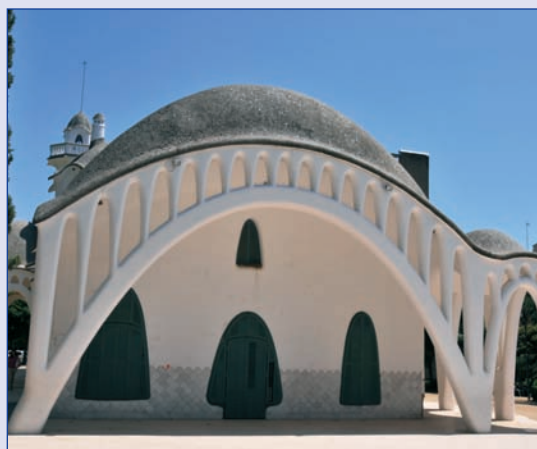
El Castellet

Ctra. de Molins de Rei
a Caldes, km 17'5
08192 - SANT QUIRZE
Tel.: 93 721 30 20
www.elcastellet.com

Torrada Grill

Pl. Pere San, 8
08172 - SANT CUGAT
Tel.: 935 897 274

El Monasterio, joya de la población del Vallés y sede del Museo de Sant Cugat, es un recinto amurallado



Masia Freixa, obra de Lluís Muncunill con inspiración gaudiana. A la derecha, perspectiva de las tres iglesias del Conjunto d'Égara.

mentos o de estética urbana. Y es verdad que se nota su carácter de ser uno de los paradigmas de la revolución industrial de mediados del XIX y de la producción textil, sobre todo de lana. Pero no es menos cierto que tiene una historia detrás, también monumental, y que esa pujanza industrial citada la llevó a ser un hito de la arquitectura modernista.

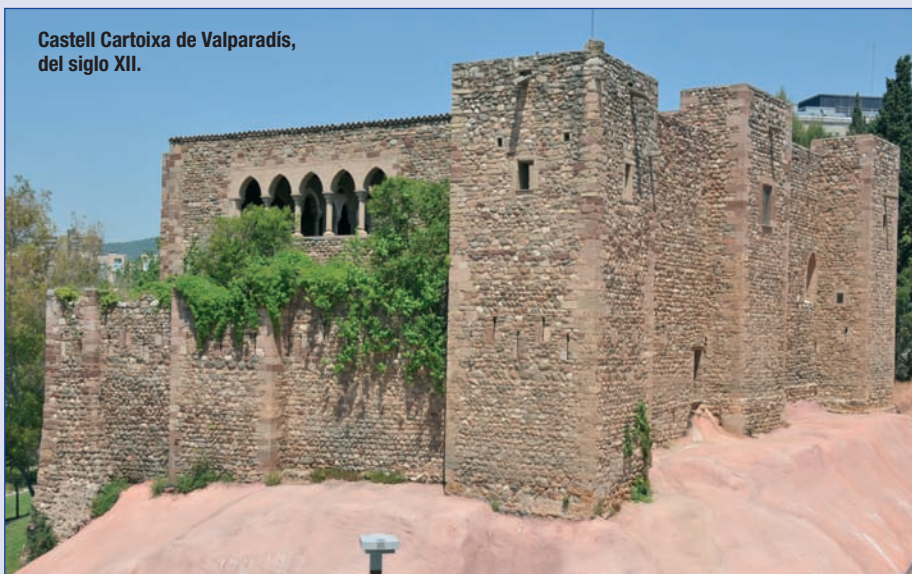
Se puede empezar –casi es preferible decir “se debe”– por la Seu d'Égara. Égara fue el nombre de Terrassa en tiempos romanos y fue sede episcopal en el contexto

de la Tarraconense visigoda; esto para explicar el nombre. Lo que hoy encuentra el visitante es un conjunto monumental excepcional, con muestras arqueológicas que van desde la presencia de los iberos en adelante. Las tres iglesias que se hermanan en el recinto, Santa María, Sant Miquel y Sant Pere, son un bien surtido ramillete de muestras arquitectónicas y decorativas, tanto románicas como góticas. Conforman realmente, como dicen los responsables del museo, “un conjunto esencial para comprender el

proceso de cristianización medieval europeo”.

Sin salir del Medioevo, puntos de interés son el Castell Cartoixa de Valparadís y la Torre del Palau. Esta última es lo único que queda del Palacio de Terrassa, que dio su actual nombre a la población, y que es hoy centro de interpretación de la Villa Medieval. Y, quizás en un acrobático salto histórico, otros lugares imprescindibles son los relacionados con la revolución industrial y su apuesta por el modernismo: la Massia Freixa, que sigue la escuela gaudiana sin complejo; el Museo de la Ciència y la Tècnica de Catalunya, montado en una antigua fábrica de vapor de las que se utilizaban para llevar a cabo todo el proceso textil; y, bueno, el Mercat de la Independència, el neogótico edificio del Ayuntamiento, la Casa Alegre de Sagrera –actual Museo de Terrassa–, el Teatro Principal, distintos almacenes y fábricas cuyas fachadas parecen más bien palacetes venecianos y

Castell Cartoixa de Valparadís,
del siglo XII.



Claustro de San Cugat y uno de sus capiteles.



no edificios dedicados a crear o guardar tejidos... ¿Comprende ahora el lector por qué lo del tiempo y la intención?

Matadepera es el punto de partida de la leyenda del Camí dels Monjos, porque en su término municipal está el Monasterio de San Llorenç, que es como decir que gran parte de su territorio está dentro de los límites del Parque Natural. Así que, por un lado, está esa extensión de naturaleza plena, coronada por La Muela y el Montcau y rodeada por el Llobergat y el Ripoll, en la que flora y fauna se dejan observar por el viajero que se pierde entre senderos y se asoma a simas y cuevas, algunas con leyendas vibrantes como la de El Draco de Sant Llorenç, con tantas versiones que sería ocioso contar aquí alguna, aunque el final es siempre el previsible de dragón malo malísimo que es muerto por caballero, unas veces velloso y otras blanco y reluciente, pero siempre bueno buenísimo.



Si nadie olvida que la naturaleza es para caminarla, y aunque pasear por el Parque es también encontrar restos de formas de vida de toda época y estilo, la visita al Monasterio es obligada. A pie, como mandan los cánones: no hay otra forma de llegar. La mejor ruta es seguir desde Matadepera la carretera que atraviesa el Parque y que sigue hasta Talamanca. En el punto más alto de la misma está el Coll d'Estenalles y un centro de Información que abre paso al camino para acceder al Monasterio (una horita o poco más de caminata).

Sant Llorenç del Munt es una edificación románica

en estado puro. No significa esto que no haya tenido reconstrucciones, porque entre saqueos moriscos y chifladuras francesas, sufrió más de un altercado. Pero no es menos cierto que los trabajos de rehabilitación que se hicieron desde finales del XIX hasta los años cincuenta del pasado siglo, respetaron la estructura de los edificios que se construyeron en el XI.

Los veinticinco kilómetros de recorrido del Camí están perfectamente señalizados y, si el caminante es animoso, se pueden hacer en una jornada de poco más de seis horas. Pero eso dejaría a un lado, quizás, el disfrute de ambientes, colores, olores y, por supuesto, sabores. En torno al camino, por ejemplo, se ha creado una actividad gastronómica denominada “La cuina dels Monjos” por la que restaurantes del camino ofrecen platos de la cocina medieval monástica descritos por el monje Pere Ferrer en un libro que relata la vida de los bene-

dictinos de Sant Cugat. Así, los amantes de las experiencias de inmersión podrán sentirse en pleno refectorio –aunque no tan en silencio como manda la regla de San Benito– y alegrarse el cuerpo con la porrada (una especie de pastel de puerros), el morteruelo de arroz o carne, los pescados hervidos con salsa *pebrada* (fuerte, de pimienta y otras especias) o cocinados en *baborada* (con marcado acento de ajo, almendras y miel), además de las ensaladas aderezadas con salsa de *eruga* (rúcula), donde el paladar no sabe bien si quedarse a la hierba, el vinagre, las nueces o la miel. Hablando de alegrías, nada más característico de la Cataluña medieval que el *vi de piment* o simplemente *piment*. Se trata de un vino blanco que se deja macerar con miel y especias y se toma frío... Probarlo es averiguar por qué con vino, al menos –lo del pan aquí se obvia–, ‘se anda el camino’. El de los Monjes, por supuesto. ■

Lo de ir de un monasterio a otro *rectement i sense travessar cap riu, torrent o xaragall*, era pura conveniencia práctica del caminante